

DECIR DE LA PRIMERA MAESTRA....



Soy una Hija de San Pablo, pero no de la primera hora, como tantas hermanas que han vivido junto a ella o en contacto directo con Maestra Tecla. Me considero de la segunda mitad del Centenario, igualmente agradecida por haber conocido personalmente, si bien no con visitas frecuentes y presencia a distancia. Encontré a la Primera Maestra en sus últimos ocho años de vida, en el lejano 1956, cuando después de sólo pocos meses fui transferida de Alba a Roma para continuar el aspirantado el grupo romano. Allí permanecí todos los años de formación.

Vivía en el mismo complejo de edificios donde residía ella. Pensaba que sería fácil encontrarla con frecuencia. En realidad no fue así. La extensión de las Hijas de San Pablo en Italia y en el extranjero requería su tiempo, su visita y su presencia. La misma comunidad de Roma era grande, formada por varios grupos de profesas y jóvenes en formación. La recuerdo cuando venía a darnos las conferencias en salón o en el estudio, o cuando, generalmente, el domingo por la mañana, después de la Misa nos hablaba al grupo al cual pertenecía.

Siempre, después de cada viaje a las comunidades del extranjero, venía a saludarnos trayéndonos saludos de las hermanas lejanas y dándonos a conocer sus actividades apostólicas y la fatiga, entusiasmándonos e invitándonos a orar por ellas. Todo en un clima de mucha serenidad y cordialidad. También cuando debía llamar la atención o hacer algunas observaciones, lo hacía con seriedad, pero también con mucha delicadeza.

Me impresionaron su sentido práctico y la claridad de sus exhortaciones, que tomaban inspiración de las cartas de San Pablo y de la liturgia, para animarnos a vivir bien la caridad, la vida común, el apostolado y la oración. Hablaba con sencillez, pero tenía

el don de saber cómo alentar y estimular, comunicando entusiasmo hacia la misión paulina y el deseo de hacer el bien y vivir bien. Me quedó muy impresa la normalidad de su vida, tanto de unirse a las hermanas en los actos comunes... como en los así dichos *empleos* (lavar y poner en orden la vajilla), su jovialidad en las recreaciones que la diferenciaban mucho de las superiores Generales de otras Congregaciones que había conocido. Fiel en la oración, que percibía era muy íntima y profunda: siempre en el mismo lugar, siempre en la misma posición orante, arrodillada, con las manos juntas, los ojos bajos.

Recuerdo que una vez me quedé a observarla de lejos cuando, en las primeras horas de la tarde llegaba del Santuario y se dirigía hacia la casa Divino Maestro, donde residía. Caminaba con paso firme, apresurado, con porte digno, luminoso, como para indicar su continuo recogimiento en Dios.

Un recuerdo vivo muy especial. Era antes de mi primera profesión religiosa. Había presentado la solicitud y sabía de ser admitida, pero conociendo mis límites me sentía indecisa.

Como hacía con todas, antes de la primera profesión, Maestra Tecla me llamó en su oficina. Contenta de este encuentro personal, pero también un poco temblorosa, le manifesté mis temores. Ella me escuchó y después con mucha firmeza y amor me dijo: «Sabes, has sido admitida, nosotras del Consejo hemos sido guiadas por el Espíritu Santo. Hemos decidido tu admisión, pero bajo su guía. Sabes, el Espíritu no se equivoca. Debes estar serena, sigue adelante con fe».

En aquel momento sentí que mis dudas y temores se disiparon. Sus palabras me parecieron fuertes y amablemente firmes y convencidas. Sentí que lo que me decía surgía de una fe viva, profunda, en la acción del Espíritu Santo. Aquellas palabras dichas con su mirada profunda, luminosa, amable, convencidas, me impresionaron, me sentí aliviada y fortificada por su misma fe.

El recuerdo de aquel momento se convirtió en faro de luz y fuerza que ha brillado y sostenido mi camino. ¡Gracias Primera Maestra!

Rosanna Conti, fsp